EN ESTE NUMERO:

- «LA SERPIENTE HIERE EN EL TALON», por L. A. Schökel (p. 9).
- «LIBERACION»: TEMA TEOLOGICO, por Adolfo González Montes (p. 13).
- EL CONCORDATO QUE ERA VIEJO 1934..., por V. M. Arbolea (p. 32).

editorial

SANTA MADRE IGLESIA

26 MAR. 1973

De todos los fenómenos vinculados a la actual crisis que hoy sacude la Iglesia, el más preocupante, a nuestro juicio, sin lugar a duda, es el creciente desamor que notamos hacia ella dentro de su propio seno. Ya no es la reacción, extremada acaso, pero explicable, que se produjo ante una libertad de crítica recobrada después del Concilio. Se trata de algo mucho más profundo, cuyos síntomas no pueden menos de señalarse con alarma.

Está en juego, en primer lugar, el concepto mismo de Iglesia. A la maravillosa descripción que el Concilio nos hizo, subrayando sus aspectos misteriosos, su riqueza sobrenatural, su misión en la Tierra, está sucediendo un concepto etéreo, nebuloso, que arrancando de «pueblo de Dios», pasó a ser «comunidad de creyentes», dejó a un lado prácticamente todo vínculo jurídico o de autoridad para dar lugar a un «carisma» incontrolado, y empieza ya, cada vez con más frecuencia, a ser pura acumulación de quienes en cualquier religión, o incluso desde una perspectiva ni siquiera religiosa, tratan de hacer algo por los hombres. Esa «Iglesia» que rechaza cualquier estructura, a la que no importa quién puede pertenecer sin someterse a condición alguna, no tendrá nada que ver con la que la Constitución dogmática del Concilio nos presentó, pero se quiere hacer pasar como «conciliar», cuando incluso no sería aceptada por los primeros reformadores protestantes, los Padres de la Reforma.

Está sometida a crítica su actividad. Parece ser que nada ha hecho de bueno en su historia, aliada siempre a los poderosos, olvidada de los humildes y pobres, traicionando permanentemente al Evangelio. Los buenos ejemplos habrá que buscarlos fuera, donde sea, con tal de que no estén marcados con el sello de la fidelidad a ella. Que miles de enfermos sean atendidos por las Hijas de la Caridad, que el espectáculo de una casa de Hermanitas de los Pobres impresione por la abnegación increíble de aquellas mujeres, que fieles hijas de la Iglesia estén a la cabecera de los moribundos en asistencia desinteresada, que miles de sacerdotes acepten ir a pueblos miserables y enterrarse allí de por vida, que la enseñanza profesional la hayan descubierto e iniciado hijos fidelísimos de la Iglesia, no cuenta en absoluto. Ni cuenta Cáritas, ni cuenta la Obra Salesiana, ni cuenta la tarea misional. Si un Padre Da-

mián se va a una isla llena de leprosos, vive y muere allí con ellos, no merecerá un recuerdo, porque hace falta ser un Schweitzer no católico para merecer alabanzas. Morir de hambre por un hermano en un campo de concentración, como el Padre Kolbe, no se tiene en cuenta. Reconozcamos en hora buena lo que de concesiones, de compromisos, de inconsecuencias ha habido en la vida de la Iglesia. «Ecclesia semper reformanda», y así será hasta el fin de los siglos, cuando se muestre sin mancha ni arrugas. Pero de ahí a hacer un tópico constante de las acusaciones y cerrar los ojos voluntariamente a lo que ante nosotros, en nuestra propia calle y acaso en nuestra propia casa se está haciendo, va un abismo.

Sin necesidad de recurrir a la historia ni de salir de nuestras fronteras, basta tener los ojos limpios para comprobar el esfuerzo de renovación equilibrada de nuestra Iglesia local, comenzando por nuestra jerarquía. Los testigos más ecuanímenes lo están señalando como ejemplo imitable a los sectores más importantes del país.

En el fondo de toda esa amargura, de esa continua crítica, hay desamor. Si la amamos, apreciaremos lo bueno que hay en ella, y nos gozaremos. Si la amamos, la serviremos fielmente y su autoridad no será para nosotros peso o yugo, sino ayuda. Si la amamos, compartiremos sus preocupaciones y haremos nuestra su angustia por la evangelización universal, por la falta de vocaciones, por las desviaciones doctrinales, por la irreligiosidad y el ateísmo crecientes... Pero si no es así, si todo eso nos deja indiferentes o nos encuentra hostiles, no valdrán vanas protestas de amor: será que no la amamos.

Y es la Esposa de Cristo, la continuadora de su misión en la Tierra, la madre que nos engendró en los sacramentos, la que cada día nutre con la Palabra y la Eucaristía.

¡Qué ocasión la de la Cuaresma para hacer un examen riguroso y ver si efectivamente la amamos! Y, en consecuencia, hacer cuanto esté en nuestra mano para amarla más nosotros y para hacer que la amen más quienes están en nuestro derredor. Ningún fruto mejor para una Cuaresma cualquiera, pero acaso más que nunca para esta Cuaresma concreta de 1973.

INCUNABLE.